

PRESENCIA DE FRANCIA EN LA GLORIA DEL GENERAL SAN MARTIN

/ La integralidad de excelencias que fué la vida del General San Martín, sólo puede aprehenderse y comprenderse en toda su uniforme grandeza, si se le sigue, paso a paso, en su largo exilio voluntario.

Durante la década heroica, ese “genio concreto” —como lo calificó Mitre— tuvo un fin visible a cumplir: la libertad de América y su cerebro ordenado y su voluntad dramáticamente sometida al método escogido, hicieron de su lucha un todo coherente, a tal punto, que nada de su acontecer sorprende, ni aparece ilógico; todo resulta como la correspondencia necesaria y prevista, armoniosa e inevitable, entre una fuerza enderezada a un objetivo y el medio en que actúa, el que al par que debe ser dominado, la sustenta.

Su genio guerrero concibió objetivos y proyectó medios que condicionados a su lugar y a su hora hubieran parecido “cosa de locos”, de haberlos propuesto alguien que no fuera San Martín.

Es sorprendente la extraordinaria fuerza de persuasión que tenía este hombre, que llegado a Buenos Aires del exterior, casualmente del territorio enemigo, sin grandes victorias que lo avalaran (San Lorenzo no fué ni por el número de combatientes, ni por los objetivos, de la importancia de Suipacha, Tucumán, Salta, Montevideo, etc.) logró para sí todo el apoyo de una nación anarquizada, que a su sólo influjo, hizo esfuerzos hasta entonces inconcebibles, preparando la máquina de gue-

rra más perfecta que se había organizado bajo los cielos de América.

Los distintos accidentes de su empresa libertadora, lo que podríamos llamar el aparato externo de su epopeya, empalidecen la otra fisonomía del héroe: su calidad humana. Sólo cuando llega a límites de excelstitud inigualables, como en Guayaquil, es cuando los críticos se deslumbran ante tan extraordinario valor moral y aparecen los nombres de Wáshington, Cincinato y otros grandes puros de la historia, como patrones de comparación.

Un moderno historiador de la ciudad en que murió, Jules Paublan trae una frase en la que acaso pueda descubrirse la nota generalizadora que explica cabalmente los hechos de San Martín y que forman, como hemos dicho, esa integralidad de excelencias que fué su vida.

Dice Paublan: "El ejemplo de San Martín da a la gloria el sentido de un sacrificio, de un valor sin límites".

He ahí la clave de esta vida heroica: su sentido de la gloria. Descubre el difícil secreto de lo que es auténticamente glorioso, cuyo valor ilimitado advierte y por el que sabe que corresponden todos los sacrificios.

Sacrificio de qué?, se dirá. De las oportunidades que los otros pobres hombres, cualquiera fuere su importancia estelar, apetecen.

Renuncia cargos, elude recibimientos y honores, se ofrece como segundo jefe a O'Higgins, luego a Bolívar, sacrifica en Guayaquil la seducción de dar la última batalla, todo ello digna y lealmente; no tuvo la vanidad de la modestia, que es una forma de demagogia o de soberbia: fué auténticamente grande. Puesto en el camino de la gloria verdadera —la del día siguiente, al decir de Pellegrini— no contaban en su escala de valores, ni las bengalas del éxito, ni las alabanzas de los débiles, ni la abyección de los adulones, ni la calumnia de los maldicientes, ni los halagos del mando.

Por él, jamás el gran Beethoven habría tachado la dedica-

toría de La Heroica, en ese formidable gesto desilusionado que le inspiró el Corso, proclamándose emperador.

Esta cabal grandeza, este sentido de la gloria auténtica, aparece diafanamente en su vida de exilado, cuando el caudillo guerrero se ha quitado su casaca y el gobernante ha puesto tierra y océano entre él y el palacio de los Virreyes.

Vivió en Europa durante más de un cuarto de siglo hasta su muerte, velando su gloria. Este quedarse y estar resultó, de tal modo, una militancia integradora de esa misma gloria.

No hay un sólo detalle de esta época, que no revele en el General San Martín al hombre que advierte que ha cumplido su destino en uno de los acontecimientos más extraordinarios de la historia contemporánea —el desmembramiento del imperio español en varias naciones— en el que fué actor principalísimo y toda su conducta se ajusta a la grandeza de ese antecedente.

Cuando calla, cuando rechaza el mando de ejércitos libertadores, cuando se ofrece a su Patria, cuando se aísla, cuando habla, cuando reclama, cuando agradece, cuando testa, siempre se encuentra al hombre superior, que se conduce con la natural dignidad y oportunidad, que corresponden a las circunstancias del caso y a las de un personaje cuyo nombre simboliza la libertad de medio continente.

En tierras de Francia se cumplió la mayor parte de este exilio, sin que fuera sólo por ello que el nombre de Francia se encuentre presente en su gloria.

Hay una serie de hechos, pretéritos y hasta actuales, que aseguran que Francia fué propicia a la afirmación de su extraordinaria personalidad, aún en aquellos momentos en que sus gobiernos le aparecen hostiles. Así, la primera de esas circunstancias, permitió que el Libertador la aprovechara para afirmar la personería de los países por él libertados, de tal modo que una simple e intrascendente medida policial-administrativa, adquirió andando los años, extraordinaria importancia biográfica, porque sirve para caracterizar aún más al personaje, fijar su psicología y descubrir como aunque apartado de los

países que fueron escenario de sus glorias, los tenía presentes y los seguía sirviendo, hasta en los detalles rutinarios de la vida.

Cuando "Le Bayonnaise" lo desembarcó en El Havre, — que por rara circunstancia fué el puerto en que el Villarino recogió sus restos— al revisarse su equipaje en la aduana, se encontraron 16 paquetes de periódicos de Buenos Aires "todos impregnados del republicanismo más exaltado" (1).

La aduana creyó de su deber informar a la policía, pues entre los periódicos habían algunos como El Argos, cuya circulación estaba prohibida en Francia, y aquí ocurrió lo imprevisto. Llamaron a declarar al viajero portador de esos periódicos, cuyo pasaporte, "no le da ningún título. Ha sido expedido a nombre de don José de San Martín, "de edad de 45 años, nacido en las Misiones del Paraguay y domiciliado en Mendoza (Chile) "pero" al llegar a Francia, él ha tomado el título de Generalísimo del Estado Peruano, Capitán General de la República de Chile y Oficial General de las Provincias Unidas de América" según reza la comunicación que el jefe de policía de París, creyó necesario enviar a su colega de Madrid.

No corresponde relatar aquí todos los incidentes ocurridos en consecuencia de esta para ellos desconcertante y enigmática comprobación realizada por la sagacidad de los funcionarios aduaneros y policiales de El Havre.

Lo importante de esa declaración del Libertador, es que revela la distinta actitud tenida para con la Administración de su Patria, que omite sus títulos en el pasaporte y él no los reclama y la tenida para con la Administración extranjera, donde los señala minuciosamente.

Es evidente —y ya lo hemos sostenido así— (2) que con ello el Libertador adoptó una posición de intransigencia y reserva de derechos, no de él, cuya situación jurídica no se modificaba en lo más mínimo con la exhibición de sus títulos, sino

(1) OTERO, IV, pág. 136.

(2) *San Martín y B. Sur Mer*, en Antología Sanmartiniana Casa Estrada, Buenos Aires.

respecto de la existencia como países independientes de Argentina, Chile y Perú, porque títulos cuya validez y legitimidad afirmaba con su sola exhibición, pueden expedirlos nada más que las naciones soberanas.

La administración francesa no advirtió este matiz y sólo supuso que el Libertador pasaba a Londres en cumplimiento de funciones políticas, como lo revela la nota a su embajador, cuya parte final dice: “Creo de mi deber llamar la atención de Vuestra Excelencia sobre el viaje de este individuo que ha jugado un rol tan destacado en las revoluciones de América Meridional, en la cual ha sido uno de los primeros Jefes y de los propagadores más ardientes. Su misión en Londres, en las circunstancias actuales se relacionan ciertamente, con nuevas intrigas políticas”.

Quien comprendió el exacto sentido de la actitud de San Martín fué el jefe de Policía de Madrid, el que en su escueto acuse de recibo, califica de “ridículos”, y sin hacer otros comentarios, los títulos exhibidos por el Libertador (3).

Esta interpretación de su actitud ante las autoridades de el Havre, está abonada por la conocida carta de Alberdi, en que explica las razones que le dió el General San Martín respecto de su no ida a España acompañando a su amigo Don Alejandro Aguado, pues el Gobierno de Madrid al paso que manifestó su absoluta deferencia por la entrada del General San Martín como hombre privado, se opuso a que lo verificase en su rango de General Argentino”.

“El Libertador de Chile y Perú —continuó diciendo Alberdi— que se dejaría tener por hombre oscuro en todos los pueblos de la tierra, se guardó bien de presentarse ante sus viejos rivales de otro modo que con su casaca de Maipo y Callao”.

En su corta estada de 12 días en El Havre, San Martín hizo amistad con varios comerciantes, los que han de haber estimado en mucho la calidad del proscripto, pues se sintieron

(3) OTERO, *idem*.

obligados a acompañarlo hasta el "Lady Wellington" que lo llevaría a Southampton, según hace saber la comunicación del Prefecto de El Havre al jefe de policía del Reino (*). Así aparecen los que podríamos llamar los primeros amigos franceses del exilio: señores Martín Lafitte, La Zailades, Phillippon y Blaye.

Se ha hablado a menudo de los amigos ingleses del Libertador, con Lord Fiffe a la cabeza, O'Brien y Paroissien sus colaboradores, el conjunto de viajeros ingleses que como Samuel Haigh y Basilio Hall, han servido para contarnos los hechos del Libertador.

Pero, no puede olvidarse a Francia y a los hombres de Francia en la gloria de San Martín, máxime en este centenario de su muerte, ocurrido en Francia. Acaso no aparecerán nombres que individualmente tengan la importancia de los ya citados, pero resulta claro que hay una nota general de vinculación tan estrecha entre San Martín y Francia, que el mismo Libertador, en una memorable oportunidad, a la que más adelante se hará referencia, llegó a decir: "las simpatías de mi corazón se hallan divididas entre mi país natal y la Francia mi segunda patria" (5).

Cuando huyendo del cólera, entre otras razones, abandonó Bruselas y se estableció en París, comienza la definitiva vinculación del Libertador con Francia.

Algún tiempo después que él, el cólera llegaba a París, por lo que el Libertador y su hija se establecieron en Montmorency, lugar donde ambos cayeron enfermos del terrible mal, siendo asistidos por el joven Balcarce.

Este poco tiempo después, a fines de 1832, contraía enlace con Mercedes, con lo que en tierra francesa se cumplió el sueño del General de casarla con "un americano, hombre de bien y si era posible el que fuese hijo de un militar, que hubiese rendido servicios a la independencia de nuestra patria".

(*) OTERO, Idem.

(*) OTERO, Idem, pág. 431.

En ese orden de los grandes sucesos afectivos, fué en Francia donde volvió a verse con su hermano Justo Rufino, y acaso con su hermana María Elena y fué en Francia donde se re-encontró con su gran amigo, don Alejandro Aguado. La posteridad argentina distingue a este personaje con el nombre de "El Bienhechor" como el Libertador lo llamara, por la asistencia económica que indudablemente le ha prestado.

Su monumento se erige en la plaza Grand Bourg de Buenos Aires y es obra del distinguido escultor argentino don Vicente Roselli.

Fué Aguado un gran señor que dió a su inmensa fortuna un sentido trascendente y un destino generoso.

Por haber ayudado a su Rey en las tribulaciones financieras que tuvo que atravesar España en la primera mitad del siglo XIX, Fernando VII lo designó marqués de las Marismas del Guadalquivir, título que agregó al de conde de Montelirios.

Antes que banquero fué militar, habiendo llegado al grado de Coronel y ayudante de Campo del Mariscal Soult. De la milicia viene su amistad con el Libertador, sin que se sepa exactamente cuándo y cómo volvieron a encontrarse, pues ya está sancionado por los historiadores modernos, que no puede aceptarse como verdadera la anécdota que Sarmiento refiere sobre el reencuentro de ambos personajes.

Hombre culto y amante respetuoso de las más nobles expresiones de la cultura, Alejandro Aguado ejerció en París un verdadero mecenazgo, vinculando su señorial generosidad silenciosa a muchos esfuerzos y realizaciones de esa hora. El teatro de la Opera lo contó entre los más entusiastas propulsores y su pinacoteca fué tan valiosa, que mereció que Gerard hiciera sobre ella, una edición crítica y ricamente ilustrada.

Por ser como fué Aguado, un espíritu fino y un hombre de mundo, estaba especialmente dotado para comprender la grandeza integral de su ex compañero de armas.

Resultaría muy extenso discurrir sobre todo lo que significó este amigo en el ostracismo de San Martín, debiéndose señalar, que hubo algo más que una actitud de respeto de un

gran señor a un gran héroe, sino que existió entre ambos una honda y nobilísima amistad y de parte de Aguado una confianza plena en la disposición y aptitud humanas de San Martín, como que lo designó albacea en su testamento y tutor de sus hijos.

Refiriéndose a la permanencia en Grand Bourg, escribía Florencio Balcarce: "El General goza a más no poder de esa vida solitaria y tranquila que tanto ambiciona. Un día lo encuentro haciendo las veces de armero y limpiando las pistolas y escopetas que tiene, otro día es carpintero y siempre pasa así sus ratos en ocupaciones que lo distraen de otros pensamientos y lo hacen gozar de buena salud". Estas actividades alternaban con abundantes lecturas, entre las que se destacaban los vinculados con la geografía y los clásicos españoles y franceses, principalmente.

Ya en Grand Bourg, ya en París estos días de Francia fueron de inmensa felicidad para el libertador, que no tuvo otra sombra ni otro dolor, que los derivados de su nostalgia de la Patria a la que siempre soñó retornar, como reiteradamente lo repetía en su correspondencia.

Su casa se convirtió en un foco de atracción de personas de Sud América, ex camaradas, viajeros, exilados, historiadores o cronistas de las pasadas guerras de la independencia, sentían necesidad de visitar o comunicarse con el antiguo jefe del Ejército Libertador.

Sería menester un libro para repasar toda la importantísima correspondencia que llegó o salió de las casas en que residió en Francia.

Su análisis refleja la grandeza y serenidad de este hombre verdaderamente superior, en el que no se encuentra sino razonamientos enderezados o cosas trascendentes y considerados siempre desde una perspectiva elevada, propia de quien tiene ese exacto sentido de la auténtica gloria duradera, a que se ha hecho referencia al comienzo de esta nota.

De esa abundantísima correspondencia toda ella importante, sólo destacamos por razones de espacio la mantenida con el

Mariscal don Ramón Castilla, Presidente del Perú y con el Capitán de navío Francés don Gabriel Lafond de Lourcy.

En su correspondencia con el Mariscal Castilla el Libertador ratificó las causas de su retiro del Perú, en consecuencia del renunciamiento de Guayaquil y su correspondencia con el Capitán Gabriel de Lourcy es importantísima, pues este marino ha legado a la posteridad el monumento más esplendoroso de la gloria sanmartiniana.

Lafond hizo conocer en su extensa obra, "Viajes alrededor del mundo" la carta que el Libertador enviara al general Bolívar el 29 de agosto de 1822, que aclara diáfanoamente el llamado misterio de la entrevista de Guayaquil.

Este marino francés había servido en la escuadra del Perú y luego del retiro del Libertador intentó por su cuenta realizar la idea de San Martín de apoderarse de las islas Marquesas, y al anotar este hecho de que fué actor, trastocó el orden cronológico colocándolo con anterioridad a la idea de San Martín, con lo que quiso rendir así, como hombre culto que era, homenaje al verdadero autor de la idea, en la inteligencia que la acción vale, tanto y en cuanto valga el pensamiento que la dirige.

En su correspondencia, Lafond agradece al Libertador su colaboración, estimando que sus notas serán como los comentarios del César.

En cuanto a su obra, traducida a varios idiomas, ha sido, casi seguramente, el instrumento más eficaz y más impresionante de difusión de la inmensa gloria del Libertador, que en el renunciamiento de Guayaquil, llegó a su máxima excelencia y que la carta que hizo conocer este marino francés, explica diáfanoamente.

La posterioridad ha premiado su esfuerzo de escritor y su probidad intelectual de documentarse exhaustivamente en las fuentes originales, llamando con su nombre al documento que en vida del Libertador hizo conocer al mundo. En toda hispanoamérica se distingue con el nombre de "Carta de La-

fond", a la comunicación que el Libertador dirigió al general Bolívar el 29 de agosto de 1822.

Es ésta, posiblemente, la máxima contribución de Francia, realizada por medio de uno de sus hijos, a la gloria sanmartiniana. En su suelo también ocurrieron hechos que han servido para probar que esta carta es verdadera, pues no se la encontró entre los papeles de su destinatario.

Así entre los personajes distinguidos que concurren a visitar al Libertador, se encontró don Domingo Faustino Sarmiento.

El ilustre sanjuanino fué designado miembro correspondiente de primera clase del Instituto Histórico de Francia y el trabajo preparado para su recepción versa sobre San Martín y Bolívar y al referirse a la entrevista de Guayaquil dijo, entre otras cosas: "No hace dos años que el comandante Lafond, de la marina francesa, publicó en los "Voyages autour du monde", la carta de San Martín a Bolívar que retraza todos los puntos cuestionados allí. Esta carta —continúa— es la clave de los acontecimientos de aquella época, y por otra parte revela tan a las claras el carácter y posición de los personajes, que vale la pena de copiarla íntegramente", lo que hace a continuación.

Dejando de lado el problema de si Sarmiento pronunció o simplemente entregó la conferencia y si de haberse pronunciado, estuvo presente en ella el General San Martín, a los efectos del presente trabajo corresponde significar, que fué en el Instituto Histórico de Francia, donde por primera vez, se trató pública y científicamente este importante problema histórico y se sostuvo la que había de ser la tesis tradicional argentina, inmovible hasta nuestros días y que se ampara casualmente en ese hecho. Porque haya estado o no San Martín, lo que no cabe duda es que el Libertador y su familia conocían el trabajo de Sarmiento, como se prueba, entre otros elementos, por la carta de Balcarce a Alberdi, escrita tres años antes del fallecimiento del general San Martín, en que le dice: "Sarmien-

to había escrito una memoria sobre los generales Bolívar y San Martín y que la presentó al Instituto Histórico de Francia'' (6).

El General San Martín, que cuando el General Miller le envió los originales de su obra le llamó la atención sobre que hablaba demasiado elogiosamente de su persona, no iba a tolerar en silencio que se fraguara una carta con su nombre.

Sabido es que la familia San Martín-Balcarce quedó tan agradecida al eminente sanjuanino, que le dedicó una página manuscrita con poesías y pensamientos, en la que el Libertador, de su puño y letra, también copió uno en francés y lo firmó.

Otro tanto ocurrió con otro argentino ilustre, don Juan Bautista Alberdi, que en 1843 publicó las impresiones de su entrevista con el Libertador, en su casa de Grand Bourg, y que también se refiere a la carta de Lafond.

Tenemos en nuestro poder, un ejemplar de la edición de este trabajo hecho por la imprenta de De Ducessois de París en 1844, con una reproducción integral del documento de Lafond, que trae también la biografía que en 1823 publicara en Londres, García del Río, bajo el pseudónimo de Ricardo Gual y Jaen, material que indudablemente tiene que haber conocido el Libertador (7).

No es sólo el acogedor ambiente de tranquilidad y respeto que Francia ofreció al Libertador durante su ostracismo, que permitió que ocurrieran los hechos que se van relatando, sino que su Parlamento tuvo una actitud para con él, que demuestra el excepcional respeto y prestigio creado en torno de su nombre.

Fué en oportunidad que debía resolver si continuaba Francia la guerra que sostenía en el Río de la Plata, o pactaba con el gobernador de Buenos Aires.

Con el pretexto de ratificar la autenticidad de la carta que

(6) OTERO, Idem. CASTRO, *Sarmiento y San Martín*, conferencias pronunciadas en la Institución Mitre, 1949.

(7) Ya en prensa este trabajo nos comunica el Sr. Capitán Yaben, que por una documentación en su poder, que pronto verá la luz, se prueba que este folleto fué ordenado por el Sr. Balcarce, yerno del Libertador.

durante el primer bloqueo hacía escrito a Mr. Dickson y publicada en el "Morning Chronicle" de Londres y reproducida en París, en esta oportunidad por "La Presse", se dirige al ministro Bineau expresándole todas las dificultades que a su juicio tendría una invasión sobre Buenos Aires.

La carta es una pieza maestra de habilidad diplomática, escrita con un exacto sentido de oportunidad e indudablemente destinada a atemorizar a los indecisos.

Ella sirve para probar, también las extraordinarias aptitudes políticas del General San Martín, que poseía el secreto de saber esperar y actuar cuando las circunstancias son propicias.

Apenas los periódicos le nombraron, cuando se dirigió al Ministro Bineau, que había conocido en casa de la señora de Aguado.

Lo demás es conocido. El ministro creyó de su deber llevar la carta al gabinete, el que estimó oportuno que se leyera en el Parlamento, cuando las alternativas del debate lo aconsejaran.

Así lo hizo el Ministro de Justicia, y la lectura cayó como un rayo, a tal punto que se suspendió momentáneamente el debate. Ninguno de los que participaron posteriormente en él tuvieron frase alguna contra el Libertador, ni pusieron en duda su aptitud militar, ni la caridad y lealtad de su razonamiento⁽⁸⁾. Su capacidad y su honorabilidad eran valores entendidos.

No tenemos noticia de otro caso en la historia, en que el parlamento y gobierno de una nación poderosa, como Francia, haya resuelto la paz o la guerra, sobre el razonamiento de un anciano súbdito del país enemigo.

Es que en los círculos más distinguidos y responsables, se conocía y respetaba al héroe americano.

Así, la interpretación plástica de sus artistas sirviendo, también, para vincularlos a Francia con la gloria del Libertador.

(8) BARCIA TRELLES, *San Martín en Europa*.

Gericault en sus conocidas litografías ha glorificado al Libertador, pintándolo a caballo e interpretando las batallas de Chacabuco y Maipú, en la que interpretó al héroe, en base, principalmente de informes del coronel Alvarez Condareo, que en 1820 estaba en Londres cumpliendo una comisión encargada por San Martín (*).

Bouchet, otro artista francés, ha interpretado al Libertador, observando la salida de su ejército del Plumerillo, y en otro en el abrazo de Maipú.

Modernamente, la Argentina encargó a artistas franceses la realización de su estatua consagratoria, y del magnífico mausoleo donde se guardan sus restos: Daumas y Belleuse, respectivamente.

La comisión de argentinos que desde París dirigió las actividades y la colecta pública para erigir un monumento al Libertador en Boulogne sur Mer, eligió un artista francés para su glorificación en la ciudad en que murió: Allouard.

Este monumento ha sido reproducido en dos grandes ciudades nuestras: La Plata y Rosario.

En Francia fué hecho el único retrato del Libertador que está al margen de toda discusión: el daguerrotipo; y así llegamos a Boulogne sur Mer.

No se puede dar la fecha exacta del nacimiento de Boulogne sur Mer y menos el nombre de su fundador.

El historiador local Jules Paublan, director de los Museos de Arte de Boulogne y de Pas de Calais, y autor de una "Historia de Boulogne sur Mer", nos cuenta en sus primeras páginas la lucha del pueblo Morino, primitivos habitantes de la región, con los soldados de Julio César.

Los morinos tenían, en la que es actualmente parte baja de la ciudad, su fortaleza llamada Gesoria, en la que trabajaban tejidos de lana, carne salada, tapices, aleaciones preciosas de oro y plata, de estaño con que fabricaban el bronce, y donde

(*) BUCICH ESCOBAR, *Las reliquias de San Martín*, Revista "San Martín", Nº 3.

tenían sus bestias de labranza. Poseían una marina con la que comerciaban con los bretones.

Este pueblo industrioso resistió a los romanos, siendo finalmente conquistado por las tropas del César, que fundaron en la parte que hoy es el viejo casco de la ciudad, una colonia llamada Bononia, origen de su nombre actual.

Desde entonces hasta la última guerra, son muchos los hechos de valor y los nombres estelares de grandes caudillos y capitanes de la historia, que se vinculan al de Boulogne sur Mer, acaso por su especial situación marítima y geográfica: Adriano sale de Boulogne para pacificar a Inglaterra, construyendo en ella un arco de triunfo; Calígula, que hizo transportar las hermosas naves de la ciudad, a lomo de las bestias, hasta el Mediterráneo, construyó una torre (torre del Ordre) que sirvió de faro hasta 1645; Carlomagno, que la visita en 811, la fortifica y, entre varias obras de restauración que realiza, se cuenta la de la citada torre del Ordre de Calígula; Enrique VIII la conquista en 1544, volviendo a Francia por el tratado de Capecure y mediante la suma de 400.000 escudos de oro, entrando los franceses conducidos por François de Montmorency, señor de Rochepot, luego de cinco años, siete meses y diez días de ocupación inglesa; Napoleón, que la elige como base para su proyectada invasión de Inglaterra, acumuló en la ciudad más de 1.000 cañones.

En otro orden de cosas, han pasado por Boulogne, Enrique Heine; Ricardo Wagner, que escribió en ella —según se cree— el tercer acto de “Rienzi”, que terminó en París; el poeta inglés Thomas Campbell, inhumado en Westminster, que murió en Boulogne en 1844; Carlos Dickens, que tenía en ella una casa de veraneo y en la que trabajó varias de sus obras; Tackeray, que habitó en Boulogne un castillo de tipo gótico, etcétera.

Todos estos nombres gloriosos, apenas merecen un corto recuerdo en las historias de Boulogne sur Mer; algunos de los hechos o circunstancias por los que estuvieron vinculados a su

ciudad, no son casi enseñados a los niños de las escuelas, y el hombre de la calle los desconoce.

Pero hubo un personaje que apenas estuvo 16 meses en la Grand Rue 105, muriendo en ella, y todos los boloñeses lo recuerdan y lo honran por su elección.

La nutrida y bien informada obra del señor Paublan que hemos seguido en esta parte, recuerda en dos oportunidades al General San Martín, una de un modo general, en el libro XVI, llamado "Les saisons de Charles Dickens". Al comenzar el capítulo y señalar que Boulogne resultó siempre acogedor para sus huéspedes extranjeros, coloca unos puntos suspensivos, y agrega: "San Martín vino a terminar su último año".

Pero en el Libro XII es que el autor dedica un capítulo especial a nuestro Libertador, titulado "San Martín, héroe de la Libertad".

¿Cómo han interpretado la personalidad de San Martín los autores boloñeses? ¿Cuáles de sus hazañas los han impresionado? ¿El paso de la inmensa mole de los Andes? ¿La casi inconcebible extensión del campo operativo? ¿Su concepción político-militar?

Lo que exaltan es su personalidad moral, lo que él vale como arquetipo humano y el sentido trascendente y superior que tuvo de la gloria.

Sigamos a Paublan en la página correspondiente. Comienzan diciendo:

"Es en 1850, el 17 de agosto de 1850, que se extinguió en Boulogne a la edad de 72 años, el General José de San Martín. Este nombre pertenece a la gran historia y nuestra ciudad queda para siempre honrada, por la presencia durante 16 meses, de uno de los más puros héroes de la independencia americana."

"Es conveniente —continúa— recordar aquí los altos hechos de San Martín."

Y a renglón seguido se recuerdan su nacimiento, sus estudios en Madrid y cómo "llegó a coronel luchando por la independencia española contra Napoleón."

Se hace una referencia a la creación del Regimiento de Granaderos a Caballo “del que salieron —dice— de 1813 a 1826, diez y nueve generales y centenares de oficiales”; e inmediatamente discurre el autor sobre el personaje que trata, de este modo:

“El ejemplo de San Martín, da a la gloria el sentido de un sacrificio, de una abnegación sin límites.”

Luego de citar a San Lorenzo y de informar que “a la cabeza de un ejército reunido en La Plata cumplió el prodigio de atravesar en 25 días la cadena de montañas más abruptas del globo”; y de nombrar las dos batallas que aseguraron la libertad de Chile, omitiendo todo detalle y sin citar siquiera a Cancha Rayada, agrega: “Es en este momento que San Martín comenzó a dar la gran lección de su existencia: declina el cargo de Director Supremo...”

Y a renglón seguido:

“En seguida la liberación del Perú. San Martín quiso imponerse no ya como conquistador, sino como libertador. Durante los 18 meses que él presidió el gobierno, mereció verdaderamente su título de Protector de la República.”

Refiere la entrevista de Guayaquil, como el ofrecimiento del Libertador de ponerse él y sus tropas a disposición del General Bolívar, el que “prefiriendo seguir sus intereses —dice textualmente— rechazó el ofrecimiento.”

Se detalla a continuación su exilio y hace el autor comentarios como los siguientes:

“Nunca el ideal de libertad ha estado tan puramente personificado en la aurora de la liberación de un gran continente.”

“Pero el pleno sentido de esta gloria tan alta, no puede percibirse bien, más que en la lejanía histórica.”

Como Paublan, razonan los oradores y diarios de Boulogne Sur Mer, en cada 17 de agosto, aniversario del fallecimiento del General San Martín.

Félix Frías ha descripto en página insuperable el dramático momento de la muerte del Libertador e inhumación de sus restos; la sencillez de su entierro, lo reducido del cortejo fúne-

bre y la casi soledad en que bajó a la tumba el Libertador de tres naciones.

Pero hubo un francés, monseñor Haffaingue, obispo de Nuestra Señora de Boulogne, que había advertido la excepcional calidad del héroe americano y resolvió que sus restos descansaran en la cripta de su iglesia, con lo que se aseguró a la posteridad argentina, que sus restos gloriosos no se perdieran y pudiera tenerlos consigo.

En este templo se venera a la Madre de Dios, bajo la advocación de Nuestra Señora de Boulogne, la que apareció milagrosamente en la forma que referiremos, siguiendo las eruditas crónicas del libro "Las grandes horas de Nuestra Señora de Boulogne" del señor Albert Chatelle, laureado de la Academia Francesa, y que fué publicado en Boulogne sur Mer en julio de 1938, en oportunidad del Congreso Mariano celebrado en esa ciudad.

Dice este autor que el acontecimiento se ha visto siempre representado en una serie de tapicerías como las de Bayeux, que servían, lo mismo que las de Reims, para organizar el Coro en las fiestas y recepciones de personajes. En la base de cada una de estas tapicerías se ha hallado una leyenda. En una de ellas se veía una inscripción en que se hacía referencia a cómo la Virgen llega a Boulogne sur Mer, en 633.

La más antigua relación que se posee no se debe, como suele creerse, a la pluma del canónigo Leroy, archidiácono de Notre Dame. Existe en la Biblioteca del Arsenal, en París, un misal de 25 obras, enriquecido por seis miniaturas cuyos dibujos esbozan la leyenda de la llegada de la Virgen de Boulogne y de las reliquias traídas para el abispo Noyon.

Recuerda, entre otros detalles eruditos, que cuarenta años antes del canónigo Leroy, Alfonso de Nontfort dejó una emotiva y preciosa historia que publicó en 1634 bajo el título de "Historia de la Antigua Imagen de Notre-Dame de Boulogne Sur Mer".

El señor Chatelle reproduce el relato que Nontfort hiciera en 1634. El dice textualmente así:

“Alrededor del año 633, bajo el reinado del rey Dagobert, llega al pueblo de Boulogne un navío sin remos, sin marineros ni tripulantes, conducido unicamente por la mano de Dios y por ministerio de los ángeles, en el cual se hallaba esta santa imagen de la sagrada Virgen. El pueblo estaba reunido y convocado para la plegaria, en una capilla de la ciudad alta, que no tenía de grande más que la santidad del lugar. Mientras los fieles se hallaban ocupados en sus santos ejercicios, la santa Virgen apareció en forma bien visible, con ese aire de majestad y de dulzura inseparable de su persona, y anunció que un navío conteniendo su imagen había llegado a la rada. Dijo también que deseaba que dicha imagen fuera ubicada en el sitio en que se realizaba esa reunión de fieles para recibir así los testimonios de su culto religioso y para hacer que sobre ellos refluiesen los maravillosos efectos de su protección”.

“Después de dada esta salutación y este aviso, ordenó que los fieles se dedicaran a procurarse los medios de construir un edificio más adecuado que el de la pobre capilla para conservar en un recinto más augusto ese culto. Y así fué como todos corrieron hasta el puerto... Una gran calma reinaba sobre el mar y una brillante luz cubría el navío. Se acercaron a él y al entrar con todo fervor hallaron la imagen de la Santa Virgen, hecha en madera, más o menos de tres pies y medio de altura y teniendo al niño Jesús su brazo izquierdo. Esta imagen tenía un algo de dulce y de majestuosa que aún al menos piadoso lo habría obligado a sentir la devoción y a rendirle homenajes de una veneración singular”.

“La imagen sagrada recibida con todas las demostraciones del más tierno respeto y de la más ardiente piedad, fué llevada en triunfo y colocada en el lugar elegido...”

Hasta aquí el relato de 1634 de Nontfort, reproducido por Chatelle, de quien lo tomamos.

La tradición asegura asimismo que en el navío milagroso se encontraron además otras reliquias: Una imagen de Jesús, otra de la Virgen y una Biblia manuscrita.

Extraordinario destino el de esta Catedral que ha sabido

del odio que destruye y del sereno amor que crea. Ubicada en un puerto cuyo dominio han apetecido por siglos, los intereses, las pasiones y los fanatismos que hacen chocar a los hombres, ha sido agredida y hasta destruída varias veces, para que otras tantas la devoción y la fe hayan levantado sus cúpulas al cielo, en el inevitable retorno de los hombres a la paz y a la infinita bondad de Dios.

La han honrado los poderosos de la tierra, y la laceraron los que presuntuosamente creyeron que sus órdenes eran irrevocables, o que sus intereses efímeros valían más que los de ella, que son eternos.

San Luis la visitó con un cardenal legado de Su Santidad en 1264. En 1308 se celebra en ella el matrimonio de Eduardo II, Rey de Inglaterra, con Isabel, concurriendo toda la nobleza francesa.

El futuro Rey Carlos V de Francia impetró a Nuestra Señora de Boulogne, por su padre prisionero y por Francia, durante la desastrosa situación ocurrida en consecuencia de la batalla de Poitiers, y le donó un altar.

Ante este altar y andando el tiempo, habría de realizar actos de humillación Luis XI, presentándose descalzo, la cabeza descubierta, sin armas, y de rodillas y, en presencia de los clérigos y el pueblo, donó a la Virgen un corazón de oro, disponiendo que todos sus sucesores tendrían la misma obligación.

Luis XIV, en 1644, le dona dos corazones de oro, por sí y por su padre Luis XIII.

Por el contrario, el 27 de diciembre de 1798, el ciudadano André Dumont —representante del pueblo, según reza en la citación—, en los Departamentos del Soma, Pas de Calais y del Oise, convoca su Municipalidad, para quien sabe qué importante asunto reservado.

Al día siguiente, las imágenes religiosas eran incendiadas.

Cuando Enrique VIII se posesiona de Boulogne Sur Mer en 1544, derriba la capilla de Notre Dame más aproximada a la muralla, y coloca una especie de caballete para las culebrinas y las bombardas. El resto de la iglesia sirvió de arsenal.

La imagen de la Virgen y demás riquezas que por su orden habían sido llevadas a Inglaterra, fueron más tarde devueltas por su hijo, a pedido del Rey de Francia, Enrique II.

Durante las luchas de religión ocurridas con la aparición de la Reforma, la imagen de la Virgen fué robada y escondida, y la iglesia saqueada por los hugonotes en 1567.

Luego de severas pruebas teológicas, se aceptó que la imagen de la Virgen, que los hugonotes habían quitado, era la que estaba en casa de Jean de Frohart, protestante notorio, que fué poco a poco convertido por su hija y que se avino a devolverla.

Hasta que llega la Revolución.

El historiador Albert Chatelle, a quien seguimos en este parte, refiere con extraordinario acopio de detalles, la persecución que se hizo a las riquezas, a la catedral y al culto de Notre-Dame de Boulogne, durante la Revolución.

Primeramente se inventariaron sus bienes con minuciosidad, durante once días del mes de enero y varios de febrero y marzo.

Luego dice textualmente el autor citado:

“El 20 de Brumario año II (10 de noviembre de 1793) el culto fué definitivamente abolido y reemplazado por el culto a la Razón. La ciudad celebró el acontecimiento con una gran fiesta “patriótica”. En el templo Nicolás, una bella joven boloñesa, semidesnuda, personificando la diosa Razón, fué levantada hasta el altar mayor”.

“Después de algunos discursos se formó un séquito para ganar la explanada. La Municipalidad levantó una inmensa hoguera, constituida y alimentada por todas las estatuas procedentes de las iglesias, sus cuadros, los volúmenes de sus bibliotecas, sus archivos y sus pergaminos; después las reliquias, una partida de los archivos de la ciudad y de algunos notarios, el de las comunidades religiosas. El fuego fué encendido a mediodía por la joven diosa boloñesa. Hedouin, que asistía, escribió que el incendio duró hasta la noche. La imagen de Nuestra Señora de Boulogne, fué la única que no se arrojó a la hoguera”. Llevada a la Municipalidad fué arrinconada y se rompió sal-

vándose solamente una mano que guardó un devoto de su culto, Cazin de Caumartin, oficial de la armada del norte, la que hoy se conserva en la catedral de Notre Dame y que se ofrece a la devoción y al beso de los fieles.

Los mármoles de las iglesias fueron rematados. En cuanto a la catedral, fué puesta en venta por 18.000 francos, que representaban las tres cuartas partes de su valor.

Fué adquirida por seis personas que con toda intensidad empezaron su demolición, pero que sólo la retuvieron para sí durante once meses, liquidando su empresa por un valor de tres mil francos, pagaderos en café y azúcar de calidad. La vendieron a un inescrupuloso aventurero, Luis Enrique Sannier-Ducrocq, que hizo su fortuna armando barcos en Corso, abasteciendo a los ejércitos en guerra y vendiendo negros en la Luisiana.

Hombre ejecutivo y práctico, al fin pensó que el mejor destino que podía darle a la catedral que había adquirido, era cruzarla por dos calles y lotearla.

Ordenó que fueran inmediatamente hecho los planos respectivos.

Pero este loteo no pudo efectuarse porque a Luis Enrique Sannier-Ducrocq le ocurrió algo inesperado e irreparable: murió bruscamente el 23 de marzo de 1811, y seis meses después fallecía su esposa.

El autor citado, don Albert Chatelle, que seguimos, comenta con graciosa intención francesa: "Todos los proyectos de partición del terreno fueron enterrados para siempre. La catedral podrá renacer de sus ruinas". Y renació por obra de Monseñor Haffaingue, que adquirió dos de los tres lotes con que salió a venta: La iglesia y el palacio episcopal (el tercero era el seminario menor), por una suma de 67.500 francos, comenzando su reconstrucción.

Por ello el mausoleo que guarda sus restos, lo presenta de rodillas, ofreciendo su catedral a Nuestra Señora de Boulogne.

En la última guerra, durante un terrible bombardeo aéreo de los aliados, cayeron ocho bombas sobre la catedral.

Fué en esta ciudad de Boulogne, donde Francia dió a la exaltación de la gloria sanmartiniana el primer biógrafo del Libertador posterior a su muerte: Abogado Adolfo Gerard, el dueño de la casa donde vivía en esa ciudad marítima.

Demanda un verdadero esfuerzo resistir la tentación de reproducir y analizar esta nota necrológica, aparecida en El Imparcial de Boulogne Sur Mer, el 21 de Agosto de 1850, es decir, a los 4 días de la muerte del Libertador, en 2 páginas, de más o menos 6.000 palabras y que fué reproducida por algunos diarios de París.

Contentémosnos con examinar cómo describe y opina respecto de su biografado, lo que es importante, pues alternó diariamente con el General San Martín, durante más de dos años y era un hombre culto —abogado y periodista— de actuación viva en su ciudad. Dice así:

“El Sr. San Martín era un gallardo anciano de elevada estatura, a la que ni la edad, ni la fatiga, ni los dolores físicos habían conseguido encorvar.

Sus facciones eran expresivas, y simpáticas, su mirada viva y penetrante, sus modales plenos de afabilidad, su instrucción de las más extensas: sabía y hablaba con igual facilidad el francés, el inglés y el italiano y había leído, todo lo que se puede leer. Su conversación que se provocaba fácilmente, era una de las más cautivantes que pudieran ser escuchadas. Su caridad no conocía límites. Tenía por el obrero una verdadera simpatía, pero lo quería laborioso y sobrio; y jamás hubo hombre que hiciese menos concesiones que él a esa popularidad despreciable que se forja el adulator de los vicios de los pueblos. Decía a todos, sobre todo la verdad. Su experiencia de las cosas y de los hombres daba a sus juicios una gran autoridad y esa experiencia le había enseñado a ser tolerante”.

La resonancia que tuvo esta nota biográfica, fué tan grande, que el general Tomás Cipriano Mosquera, ex secretario del General Bolívar, la refutó en una extensa nota agravante en la parte referente a Guayaquil, desde Nueva York, en Abril de 1851, la que, a su vez, fué refutada por Sarmiento.

Todos estos hechos, son suficientemente conocidos y algunos de ellos ya exhaustivamente estudiados por la crítica histórica, pero considerados en su conjunto, sirven para justificar nuestra proposición inicial de que Francia fué propicia para la afirmación de la extraordinaria personalidad del Libertador y que ella y sus hombres, están presentes en su gloria.

Este año tremendo para el destino de la humanidad, y que es el del Libertador General San Martín, centenario de su fallecimiento en su antigua tierra civilizadora y generosa, proclamemos nuestra gratitud sanmartiniana a esa hermana mayor del mundo latino, como una afirmación de los grandes valores del espíritu, en los que creyó el Padre de la Patria y que tan gloriosamente están representados por Francia, en la historia de la cultura y la civilización occidental.

ANIBAL SORÇABURU

